

EL ESPÍRITU SANTO, GLORIA DEL PADRE Y DEL HIJO

JOSEP MARÍA ROVIRA BELLOSO

1. PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN

He aquí la hipótesis que avancé en mi *Tratado de Dios Uno y Trino*: en algunos lugares del Nuevo Testamento, la palabra «gloria» indicaba el esplendor del Espíritu que circunda al Padre y al Hijo. En otras palabras, el Espíritu Santo es presentado en el Nuevo Testamento, al menos implícitamente, como *gloria de Jesús y del Padre*. Es la gloria con la que el Padre glorifica a Jesús. Es la gloria que Jesucristo le devuelve al Padre.

En la presente comunicación, desearía hacer avanzar esta hipótesis. En cierto modo, quisiera pasar del nivel de lo hipotético al nivel de los que está inscrito en la Tradición cristiana. Para ello, ofreceré algunos testimonios de la Tradición —Escritura y Santos Padres— los cuales, al menos en forma implícita, presentan al Espíritu Santo como gloria de Dios e, incluso, como gloria del Padre y del Hijo.

2. UNA PRECISIÓN SOBRE LA PALABRA «GLORIA»

Kittel clarifica el sentido de $\delta\omicron\zeta\alpha$ en el Nuevo Testamento, en el sentido de *esplendor divino*. La gloria es el resplandor, la sublimidad y majestad, la luz y la irradiación de la esencia divina. La enfermedad de Lázaro, no es para la muerte, sino para la gloria de Dios con la que el Hijo de Dios será glorificado (Jn 11,4). Ahora bien, esta gloria de Dios es invisible, pero en la fe podemos llegar a verla: «¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?» (Jn 11,40). No la vemos con los ojos del cuerpo, pero sí con la luz de la fe, porque los bienes escatológicos se anticipan en la fe que los recibe, y la luz con la que Jesús resplandece es escatológica. En él resplandece el Espíritu de la gloria. La *doxa* es escatológica, pero el Espíritu Santo la hace eficaz en la vida

actual del fiel¹. Esteban, lleno del Espíritu Santo, ve la gloria de Dios (cf. Hechos 7,55).

3. EL NUEVO TESTAMENTO

a) 2 Co 3,7-17

La mejor prueba de que la *gloria* en el Nuevo Testamento equivale al *esplendor divino* es, seguramente, 2 Co 3,7. Moisés era el servidor de la Ley, que conducía a la muerte y que estaba grabada en letra sobre la piedra. Aún así, la faz de Moisés resplandecía de tal manera que los israelitas no podían mirarlo cara a cara debido a la «gloria que irradiaba». Una gloria que, al fin y al cabo, era pasajera porque procedía de un ministerio pasajero: el servicio a la Ley.

«¿Cómo no tendrán más gloria los servidores del Espíritu?» (2 Co 3,8). Si era glorioso estar al servicio de la Ley que lleva a la condenación, mucho más lo será estar al servicio de la justicia salvadora. «Incluso lo que entonces resplandecía gloriosamente, ahora ya no resplandece delante de esta gloria incomparable» (2 Co 3,10).

El texto de 2 Co 3 sigue con el episodio del velo de Moisés. Para que los israelitas no vieran su gloria pasajera, Moisés velaba su faz. Pero el velo cae de nuestros rostros gracias a Cristo cuando volvemos la cara al Señor.

Aquí, Señor significa el Espíritu, y donde está el Espíritu está la libertad. ¿Qué pasa, por tanto, cuando no estamos esclavizados bajo la Ley sino vueltos con libertad hacia el Espíritu? Sucede entonces que la gloria divina se refleja en nosotros:

«Nosotros, sin ningún velo en el rostro, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en su misma imagen, con una gloria cada vez mayor, por obra del Señor, es decir, del Espíritu» (2 Co 3,13).

El Señor, que es el Espíritu, nos comunica una gloria cada vez mayor. En el fondo, la gloria misma del Señor se refleja como en un espejo, creando en nosotros la mayor imagen de Dios que puede formarse en la criatura humana.

El texto contiene la expresión «gloria del Señor». Su significado preciso puede entenderse de dos maneras: Si en este pasaje el Señor significa el Espíritu, la expresión «gloria del Señor» significará aquella

1. KITTEL, II, 240: δοξα, versión italiana, p. 1358.

gloria (esplendor divino) que es el mismo Espíritu” (Gloria que es el Espíritu o gloria y resplandor [*que procede*] del Espíritu). El Espíritu es causa de la gloria que resplandece en nosotros². Nosotros somos imagen de la gloria de Dios. O bien, si aquí el Señor es el *Señor Jesús*, en esta segunda lectura, el genitivo indicaría la gloria que procede de Cristo: el esplendor divino de Cristo. En los dos casos, se trata de la gloria de Dios: la gloria del Padre y del Hijo comunicada a los hombres por el Espíritu de Amor. Incluso es posible que en este texto la palabra «Señor» no signifique «Señor Jesús» ni tampoco «el Espíritu» sino que signifique «Dios» (J. Sánchez Bosch). Pero ¿qué se entiende por «gloria de Dios», sino la *eterna* emanación de su Espíritu en el interior de Dios, y la gratuita *donación* de este mismo Espíritu a la criatura humana en la historia de la salvación? Por eso, podemos decir que esa gloria es escatológica, pertenece a la esfera divina y de ella emana.

Esto nos lleva a una consecuencia práctica por lo que se refiere a la lectura de las Escrituras. En efecto, la gloria de Cristo es invisible, por ser escatológica. Pero se hace visible en la persona, en las palabras y en la acción de Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios. La manera de contemplar a Jesús no es viéndole solamente como un hombre, como un amigo, etc. La fe lo contempla envuelto en la gloria que emana de Dios Padre y que, en el espíritu, se le comunica. Ese mismo Espíritu, que Cristo ha recibido —esa «gloria como la del Unigénito, lleno de gracia y de Verdad» (Jn 1,14)— nos lo da con abundancia a nosotros, los que hemos creído en Él (cf. Hechos 2,33).

b) 1 Pe 4,14

En efecto, hay gloria cuando hay comunicación de Dios a los hombres. Y ¿cuándo se da esta comunicación de Dios? Hay un caso claro y evidente: cuando los hombres reproducen en sus vidas la pasión de Cristo. Entonces la gloria de Dios les acompaña. Es la enseñanza de la Primera Carta de San Pedro:

«Alegráos de poder compartir los sufrimientos de Cristo,
así el día en que se revelará su gloria,
estaréis llenos de gozo y de alegría.
Y si recibís insultos porque lleváis el nombre de Cristo,
felices vosotros.
El Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios,
reposa sobre vosotros» (1 Pe 4,14).

2. SPICQ, C., *Les Épitres de Saint Pierre*, Gabalda, Paris 1996, pp. 136-137.

Es lógico. En la cruz de Cristo resplandeció la gloria del Padre: «Ha llegado la hora en la que el Hijo del hombre será glorificado»; «Le he glorificado y le glorificaré» (Jn 12, 23.28). Pues bien, es coherente con la gloria de la Cruz que —cuando los seguidores de Jesús sufren (llevan su cruz)— sean poseídos por el Espíritu de la gloria. Es la visión «económica» de una gloria que resplandece eternamente (cf. Lc 2,14). Jesús ha sido levantado a esa gloria divina y eterna (cf. 1 Tim 3,16). Ahora, esa gloria desciende como Don gratuito de Dios a los hombres que creen que llevan la cruz de Cristo.

4. ALGUNOS TESTIMONIOS DE LA TRADICIÓN. DOS PADRES DE LA IGLESIA ORIENTAL

a) *He aquí, la cita de Gregorio de Nyssa que incluí en mi «Tratado de Dios Uno y Trino»*

«El nexa de esta unidad [entre Padre e Hijo] es la gloria. Y nadie que sea prudente negará que esa gloria la llamamos Espíritu Santo, si escucha las palabras mismas del Señor cuando dice: “La gloria que Tú me has dado, yo también se la he dado a ellos”. Y verdaderamente, les dió la misma gloria a los discípulos cuando dijo: “Recibid el Espíritu Santo” [...]. Este es el motivo por el cual dijo: “La gloria que Tú me has dado, yo también se la he dado a ellos, para que sean uno como nosotros somos uno. Que yo esté en ellos y Tú en mí, que sean plenamente Uno”. El que, desde niño, crece y se vuelve hombre adulto, llega al uso de la razón y, finalmente, se hace capaz de la gloria del Espíritu Santo, viviendo sin vicios y con pureza».

b) *Por fin, un fragmento de la «Homilía sobre la Humildad», XX, 3, de Basilio el Grande (PG, 31, 530-531)*

«Esta es, pues, la perfecta e íntegra glorificación, cuando alguien no se levanta sobre su propia justicia, sino que conoce que él está desposeído de toda justicia verdadera, ya que tan solo es justificado en Cristo, por la fe. [531] Ya estamos, por tanto, viviendo en la gracia y en el don de Dios. Y es Dios quien obra en nosotros el querer y el obrar según su beneplácito. De nuevo, Dios revela por el Espíritu Santo aquella sabiduría que él predestinó para que fuera nuestra gloria».

Como se ve hay aquí una alusión —¡explícita!— a 1 Co 2,7-10. Pablo afirma, en él, que la sabiduría de Dios, escondida en su designio, había sido predestinada para convertirse en nuestra gloria. Una tal sabiduría —y una tal gloria— se nos había revelado por el Espíritu

Santo. No podía ser de otra manera ya que el lazo de amor entre el Padre y el Hijo es, asimismo, su gloria recíproca, que en un alarde de inmensa bondad desciende y se comunica a las imágenes de Dios: la criatura humana.

5. UNA CONCLUSIÓN ESPIRITUAL

Jesucristo mismo dice que Él no busca su gloria (Jn 8,50), como no busca cumplir su propia voluntad (Jn 5,30). Quienes buscan su propia gloria se pierden. Una manera práctica de vivir la devoción al Espíritu Santo es desechar la propia glorificación y buscar con transparencia y sinceridad la gloria de Dios que es su Santo Espíritu, comunicación eterna entre el Padre y el Hijo; Don, o comunicación, dada a los hombres y mujeres de la historia de la salvación. Hay en el Nuevo Testamento, una serie de figuras que no se apoyan en su propia gloria, ni buscan su propia voluntad sino que se sostienen —por puro amor de Dios— en la pura donación a Él. Viven en la fe como «*commitio totius hominis ad Deum*» (*Dei Verbum*, 5). Entre estas figuras, contamos a la Madre del Salvador, a San José, a San Pablo, a Juan Bautista... Todos ellos se han distinguido por una humildad que, en vez de llevarlos a la autoglorificación, les ha llevado a buscar tan sólo la voluntad y la gloria de Dios, es decir, les ha movido a dejarse llevar por el Espíritu.

